



## CAPITULO LV.

### *Nueva peregrinación.*

**E**RA el mes de Diciembre de 1863, retrotrayéndonos un poco á la conversación del capítulo anterior, cuando don Benito Juárez, que se encontraba en San Luis Potosí con el gobierno y en contacto con los Estados que le permanecían fieles, que eran todos los que no habían caído en poder de la intervención, viendo que el mundo se le venía encima, esto es, que Bazaine se había desprendido de la Capital con poderosas columnas capaces de arrasar con cuanto encontraran, reunió como siempre á sus ministros Lerdo de Tejada, Núñez é Iglesias, diciéndoles:

—Ha perecido nuestro ministro de la Guerra el señor Comonfort en una celada, Doblado ha tenido que separárenos para ir á practicar las operaciones que ustedes saben, y ahora nosotros mismos tenemos que organi-

zar nuestra campaña, una vez que sabemos que fuerzas muy considerables vienen sobre esta ciudad y otras columnas siguen avanzando con el propósito bien claro de cortarnos toda retirada. ¿qué hacemos?

Los ministros se quedaron viéndolo sorprendidos de aquella tirada de palabras, y le manifestaron que lo mejor que podían hacer era retirarse en vista de que no era posible defenderse en la plaza contra todas aquellas divisiones que venían avanzando á paso de carga.

Las noticias que se tenían allí eran exageradísimas, pues en realidad el único que iba sobre San Luis, sin franceses, era Mejía con ochocientos hombres en infantería, caballería y artillería.

Como aquellos hombres estaban de capa caída, todo les era adverso, hasta las noticias, y en esa virtud acordaron evacuar la ciudad, pero con la pompa debida á la elevada magistratura que desempeñaban, esto es, con tambor batiente y banderas desplegadas, con decreto previo y circulares respectivas.

Se mandó llamar á Palacio al general Miguel Negrete que mandaba la escolta de los Supremos Poderes, compuesta de unos tres mil hombres y se le puso en autos de lo que pasaba.

Aquel general que era todo un valiente, manifestó que él podía defender la ciudad contra cualquier ejército que se presentara, y sólo en vista de las razones que se le expusieron convino en que era de conveniencia notoria que el Gobierno se retirara á otro punto que no le fuera á servir de ratonera.

Quedó convenido en que él tomaría la ofensiva ó la defensiva, batiría al enemigo ó evacuaría la plaza, como



creyera conveniente, dejándolo árbitro de las operaciones de la guerra.

El Gobierno salió con toda pompa, esto es, en medio de una valla de soldados y de una salva de veintiun cañonazos, yendo á esperar el resultado de aquella campaña en el mineral de Catorce.

Pero aquella era la época de la desgracia, todo salía mal: sucedía al gobierno lo que á los jugadores cuando no están de suerte: no había albur que no perdieran.

Negrete, que era intrépido, se dejó sorprender sin embargo por las falsas informaciones, evacuó la ciudad con fuerzas muy superiores, y cuando se volvió de la hacienda de Bocas para atacarla, avergonzado de haber caído en una falsa urdimbre, ya Mejía se había hecho fuerte con sus ochocientos hombres, y estando mejor posesionado, no sólo lo rechazó, sino que lo derrotó completamente quitándole toda la artillería.

—Vamos adelante, dijo don Benito á sus ministros, por ahora no están de vena nuestros generales. Vámonos, si les parece, con rumbo á los Estados de la frontera del Norte, mientras vienen los mejores tiempos, que tienen que venir.

—Vámonos, le contestaron los ministros casi alegres de salir de aquel atolladero, y enderezaron la proa para el Saltillo en donde les esperaba un nuevo calvario.

La recepción que se hizo á los Supremos Poderes en aquella ciudad no fué muy entusiasta, pero sí afectuosa, notándose sin embargo que la primera autoridad, el general don Santiago Vidaurri, Señor absoluto de los Estados fronterizos del Norte, no se presentara ni á darles la bienvenida ni á recibir órdenes, sino que antes bien daba,

aparte de esos signos de desafección, algunos otros de hostilidad.

Con todo y eso, los Supremos Poderes se llenaron por de pronto de un gran disimulo y establecieron allí el gobierno.

Casi coincidiendo con aquella frialdad ostentosa del magnate de la frontera y con las noticias que se recibían diariamente de las continuadas derrotas que estaban infligiendo los franceses por diversos lados á las pocas fuerzas liberales que habían quedado organizadas en el centro del país, don Benito Juárez recibió á una comisión allí en el Saltillo enviada por los generales Doblado y González Ortega que todavía en esos momentos se encontraban con las armas en la mano. La comisión la formaban el general don Nicolás Molina y el licenciado don Juan Ortiz Careaga, y su misión consistía en manifestar á Juárez que debía separarse del poder en el cual era un obstáculo, para que pudiera llegarse á un arreglo con los invasores, quienes habían dicho repetidas veces que con cualquiera persona que se pusiera al frente del Gobierno, tratarían, menos con don Benito Juárez.

Por supuesto que era un candor creer que en aquellas circunstancias cualquiera otro pudiera dar mayor vigor á la resistencia, ni mucho menos que Napoleón III consintiera en retirar sus tropas, aunque se le ofreciera lo que se le ofreciera, cuando ya estaba completamente comprometido á establecer una monarquía en el suelo de México.

Aquello de que sólo don Benito Juárez era el escollo en que se tropezaba para celebrar arreglos diplomáticos, no era más que una celada que se ponía á los patriotas



liberales para hacer más violento el derrumbe del orden constitucional.

Pero don Benito Juárez no cayó en el garlito, y con la energía y el aplomo que le eran característicos en las situaciones más comprometidas, se amuralló con el principio de autoridad ante los comisionados despidiéndoles con cajas destempladas, y á Doblado le escribió la siguiente carta, que debe grabarse con caracteres de fuego en todos los corazones mexicanos:

«Saltillo, Enero 20 de 1864.—Sr. general D. Manuel Doblado.—Mi estimado amigo: El Sr. D. Juan Ortiz Careaga me entregó la carta de V. de 3 del corriente, y ha desempeñado al mismo tiempo con el Sr. general D. Nicolás Medina, la comisión que V. les dió, pidiéndome que renunciara la presidencia de la República. Me dice V. en su citada carta, y me lo han repetido los señores sus comisionados, que se determinó V. á dar este paso en la inteligencia de que yo había manifestado antes de mi salida de San Luis Potosí, mi resolución de abandonar el puesto, según lo dijo á V. el señor D. Manuel Cabezut, y que además cree V. que esta determinación allanaría las dificultades que pone el enemigo para entrar en arreglos que pongan término á la presente guerra. Ya dije á V. en mi carta del día 10, y he repetido á los Sres. Ortiz Careaga y Medina, en presencia del Sr. Cabezut, que jamás he dicho palabra alguna á este señor relativa á mi renuncia; pero prescindiendo de este incidente, he vuelto á meditar detenidamente, como V. se sirve recordarme, este punto, y por más que he apurado mi pobre pensamiento no alcanzo una razón bastante poderosa para que me convenza de la conveniencia de la medida que se desea. Por el

contrario, la veo como un ensayo peligrosísimo, que nos pondría en ridículo, nos traería el desconcierto, y la anarquía y que á mí me cubriría de ignominia, porque traicionaba á mi honor y á mi deber, abandonando voluntariamente, y en los días más aciagos para la patria, el puesto que la nación me ha encomendado. Temo con tanta más razón este resultado, cuanto que no hay seguridad de que el enemigo trate con el Sr. Ortega á quien considera como desertor faltado á su palabra, ni con ningún otro mexicano que no acepte la intervención.

«Además, los hechos están demostrando que el enemigo no busca la destrucción de las personas, sino del gobierno que por sí se ha dado la nación. Por eso ha establecido ya la monarquía con un príncipe extranjero, y por eso Napoleón, en su último discurso de apertura del cuerpo legislativo, ha dicho que en la expedición á México no ha tenido un plan preconcebido; que quería el triunfo de sus armas, lo que está ya conseguido, y que ahora quiere el triunfo de los intereses de la Francia, poniendo los destinos de México en manos de un príncipe digno por sus luces y cualidades. Ya ve V. que no se trata de la persona que ejerce el gobierno nacional sino de un gobierno que reciba su sér de Napoleón, y que nazca de la intervención, para que obre por los intereses de la Francia. Por esto creo que mi separación no sólo sería un paso inútil y ridículo á los ojos del enemigo, sino peligroso por el desconcierto y anarquía que de ello pudiera resultar, porque tampoco hay seguridad de que la nación apruebe mi resolución de separarme, y una vez que algún Estado desconociese la legalidad del mando del Sr. Ortega, entre otras razones por haber escogido éste de dos destinos de elección popular, el gobierno de Zacatecas, el mismo se-



ñor Ortega se vería en la necesidad de reducir á los disidentes por medio de la fuerza, ó á perder el prestigio moral que da el unánime reconocimiento en favor de un poder legítimamente establecido; y de cualquiera manera, nosotros mismos habríamos dado un triunfo al enemigo, que alegraría nuestro desconcierto como un argumento poderoso en apoyo de su intervención.

«Estas consideraciones y otras, que no es dable concretar en los límites de una carta, avivan más y más en mí los sentimientos de patriotismo, de honor y del deber de continuar en este puesto, hasta que el voto nacional, por los conductos legítimamente expresados, me retire su confianza, librándome de la obligación que hoy pesa sobre mí, ó hasta que la fuerza de la intervención, ó de los traidores sus aliados, me lance de él.

«Entretanto, yo seguiré haciendo todos los esfuerzos que estén en mi posibilidad para ayudar á la patria en la defensa de su independencia, de sus instituciones y de su dignidad. Es verdad que la situación nos es desfavorable por ahora, y no me hago la ilusión de creer que estamos en tiempos bonancibles; pero yo sé que nuestro deber es luchar en defensa de la patria; y entre la defensa de una madre y de una traición, no encuentro medio alguno honroso. Será esto un error mío; pero es un error fundado, que yo acaricio con gusto y que merece indulgencia. Yo suplico á V. que no reciba mal mi resolución á la insinuación que se sirve V. hacerme para que renuncie, sino que la considere como hija de la más pura intención. También suplico á V. siga prestando su cooperación con la misma constancia y abnegación que hasta aquí, haciendo la guerra de cuantas maneras sea posible al enemigo, en el concepto de que ella es nuestro único

medio de salvación. De otra manera, el enemigo no tratará con nosotros, sino bajo condiciones deshonrosas que no debemos admitir, ó tratará con el gobierno establecido; pero ese no es el gobierno de la nación.

«Soy de V. amigo Q. B. S. M.—*Benito Juárez.*»

Una vez que se separaron los comisionados llevando aquella carta, se quedaron en el salón de acuerdos del Palacio en la ciudad del Saltillo el Presidente don Benito Juárez, sus ministros don Sebastián Lerdo de Tejada y don José Maria Iglesias. El primero como indiferente á todo: los segundos muy pensativos.

Lerdo fué el primero que dijo cuando ya los comisionados habían salido con su escolta y se les vió ir lejos desde el balcón que estaba abierto de par en par:

—Ahora sólo falta que González Ortega y Doblado se incomoden con esa contestación y se pronuncien contra nosotros.

—Casi es imposible, afirmó Iglesias.

—Pues que se pronuncien, contestó don Benito con calma. Hemos tenido á tres naciones poderosas enfrente y no nos hemos intimidado; tenemos ahora en contra á la Francia y tal vez tendremos pronto al Austria y á Bélgica y estamos luchando, ¿por qué no hemos de luchar también con Doblado y González Ortega en caso de ser necesario, si nos asiste el derecho?

—El derecho es á veces arrollado por la fuerza, objetó Lerdo de Tejada.

—Seremos arrollados, nos matarán, pero siempre tendremos empuñada con firmeza la bandera de la Constitución.

—Esos están siquiera lejos, murmuró Iglesias, pe-



ro tenemos cerca á Vidaurri que lleva las trazas de ser un traidor.

—Es un traidor ya, prorrumpió don Benito, sólo que no se atreve á declararse, un poco por temor á nosotros, pero más aún por miedo de que lo maten los fronterizos que siempre se han distinguido como patriotas.

—¿Hay datos ya precisos sobre su traición? preguntó Iglesias distraidamente.

—Aquí está en cartera su expediente, respondió Lerdo. Desde luego tenemos el asesinato que cometió don Santos Pinilla, que pertenece á los suyos, en la persona de don Francisco Villanueva, gobernador de San Luis, y los oficiales que lo acompañaban, de acuerdo con el jefe reaccionario don Florentino López. Se ha ordenado á Vidaurri que proceda contra el culpable y ha contestado con evasivas. Tenemos noticias, por personas de crédito que están á su lado, sobre la correspondencia activa que ha estado sosteniendo con Bazaine últimamente. Además, ayer se presentaron aquí dos oficiales fronterizos manifestando que se habían desertado de Monterrey porque los ayudantes de Vidaurri dicen públicamente que éste se encuentra ya comprometido á pronunciarse lo más pronto posible contra el gobierno constitucional. Si á esto se agregan sus proclamas agresivas que está publicando y sus órdenes, que hemos interceptado, para que se nos nieguen los recursos, debemos convenir en que su traición es manifiesta.

—Es necesario sin embargo obligarlo á que dé un color definido, dijo Juárez, y sobre ese particular tenemos que dictar varios acuerdos.

Iba á proponer éstos, cuando se escuchó el toque de clarines y se vió que desembocaba una tropa por la esqui-

na de la plaza. Eran los restos del ejército que había estado á las órdenes del general don Miguel Negrete.

Este fué recibido, y el resto del día se pasó oyendo las explicaciones que dió el general sobre su derrota de San Luis y las penosas marchas que había hecho, asegurando que á pocas jornadas venía ya el general Doblado con la División de Guanajuato.

Los ministros se dirigieron una mirada de inteligencia como queriéndose decir:

—¿Ahora vamos á estar entre dos fuegos como la jiricalla?

Pero no, Doblado no se había enojado por la respuesta enérgica que dió don Benito á sus pretensiones, y antes bien, tan pronto como se puso al habla con el Gobierno manifestó estar convencido de que éste había procedido bien y se puso á sus órdenes incondicionalmente.

Entonces se le dió el encargo de que con su División marchara á Monterrey á esperar al Gobierno.

Los Supremos Poderes debían ir á establecerse en esa ciudad para que se aclarara de una vez la situación, esto es, para que Vidaurri se sometiera ó tirara el guante. En esa virtud se expidieron las comunicaciones respectivas, preparándose la salida del Saltillo con todas las formalidades acostumbradas.

Pasaba todo esto en los primeros días del mes de Febrero de 1864.

Doblado tenía unos dos mil quinientos hombres con seis piezas de artillería Vidaurri menos de dos mil, ocupando la fuerte posición de la Ciudadela. Por de pronto el primero fué bien recibido, y sólo se le manifestó que no entraran aún sus tropas á la población porque se les iba á preparar alojamiento, que los que podían entrar eran los